

ELOGIO DE LA LIRICA

Por Manuel MENDOZA CARREÑO

**Discurso de recepción académica
de Don Manuel Mendoza Carreño,
el 28 de Febrero de 1974, en la Real
Academia de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes de Córdoba.**

En verdad que me encuentro hondamente conmovido, al hacer oír mi voz ante la reconocida valía excepcional de los Ilustres Miembros de esta Real Academia, quienes, con gesto en ellos habitual, de generosidad, me votaron Numerario Electo, en una noche para mi inolvidable del mayo primaveral. Y, si conmovido, cohibido tanto más, al pensar, con sincera honestidad, en mis escasos merecimientos, en mi poco valer.

Me obliga esto a expresar públicamente ante el Pleno, hoy solemnemente reunido, de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, y ante vosotros, expectante auditorio de mi torpe palabra, mi agradecimiento de por siempre.

Bien sabe Dios que en estos momentos, quisiera ser un sabio investigador para presentar a vuestra erudita consideración hallazgos valiosos por desconocidos, no tanto para atraer vuestra posible admiración, cuanto por justificar mi presencia ante vosotros. Quisiera ser un hombre de ciencia que adentrándose en el corazón de tantos secretos, como la vida y el mundo encierran, pudiera desvelar un poco los misteriosos arcanos que atesoran tantas y tantas incógnitas que resueltas por la portentosa inteligencia del hombre, contribuyen al progreso y al bien de la humana gente.

No siendo ni lo uno ni lo otro y, sí sólo, si ello me lo concedéis, un modesto observador de cuanto bulle y se agita a mi alrededor, arropán-

dolos con lo bueno que pueda haber en mi alma y adobándolos con el sentir de mi pobre corazón que sólo entiende de darse al aire, como el ala al vuelo. Dejo escapar sentimientos y pensamientos por el cauce humano de la expresión lírica.

Como llamada muy leve y no menos tímida a las puertas de este templo de saberes, por adentrarme en él —y no para enseñar sino para aprender— traigo, todo ilusionado, un puñado de rimas que, con mis manos se fueron modelando y al final escuchareis, si merezco vuestra atención, con la pretensión, tal vez, ilusoria de que formen parte de mi modesto mensaje a los demás: deber de todo ser humano es dejar huella de los muchos o pocos talentos que el Cielo le concediera en su breve paso por este mundo.

Y sin que, por ello nada intente aportar al adervo de vuestro conocer, titulé este discurso de ingreso: Elogio de la Lírica.

Dijo, señoras y señores, el sevillano Gustavo Adolfo Becquer, sin duda el romántico más leído y más aprendido por las juventudes de España, en una sentida e inspirada rima: "Mientras haya en el mundo primavera, habrá poesía"... "Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía".

Y como buen romántico, aunque tardío, pienso y estoy convencido de que hacía esta afirmación, considerando la preminencia de la lírica.

Porque, a mi modesto entender, tan vieja como el hombre es la poesía lírica.

Ya en el primer reir de la naturaleza, cuando la primigenia luz se quebraba en la retina recién abierta del hombre; cuando puras las aguas reflejaban la imagen de aquel ser en cuya frente sopló el Hacedor pensamientos, deseos y sentimientos, es decir, alma; cuando al sumirlo en profundo sueño, del corazón del hombre creara la vida para un nuevo ser a El semejante, Adán lanzó la primera expresión lírica de que tenemos noticias: "Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne".

Así se escribió en el primero de los Libros Santos. Aún la paz, con veste inmaculada, llenaba los huecos de los valles; se asentaba en las crestas vivas de las montañas; cantaba un himno solemne y estremecido en las limpias auroras rosadas y en los tibios atardeceres; besaba con labios calientes y trémulos las hojas tersas de los árboles apenas aparecidos en la faz de la tierra; acariciaba con dedos temblorosos la superficie quieta de las azulosas aguas, y reventaba en las yemas de los tallos tiernos que se atrevían a florecer, primavera aún niña, para hacerse promesa de flores, colores y perfumes de fragancias hasta entonces nuevas; la paz hablaba con silencios murmurantes de armonías arrancadas por la brisa que pulsara saltarina las cuerdas de la invisible cítara acorde de todo lo creado.

El aire se llenaba del casto vivir del hombre quien, prevaricador después, habría de desentrañar los secretos de aquel mundo arrancado de la nada por la Omnipotencia para muestra de su sabiduría, de su gracia, de su bondad; para gloria y noble orgullo del Rey de la Creación.

Parece que el Señor señalara a los hombres, como andadura de su vida al fin, la senda lírica; parece como si el Señor quisiera dar a los humanos la santa caridad de la poesía.

Regaló a sus mentes prodigiosas la imaginación creadora, fragua donde se forjan las imágenes retóricas para que discurran por el camino sonoro de la palabra bella.

Les permitió la adivinación de su propia Belleza y que fueron ellos quienes, en éxtasis de contemplación y adentramiento en la esencia de las cosas, supieran y quisieran extraer el filón inagotable de cuanto bello existe desde los mares inmensos al insecto más pequeño, desde el cielo de extrellas a la más humilde flor, desde el atardecer que se duerme, poco a poco, en los montes lejanos hasta la mirada inocente del niño; y quiso poner su mano paternal y amorosa sobre la creación y vestida la dejó de hermosura exultante.

Y así, la inspiración divina, hace decir al esposo del Cantar de los Cantares, ebrio por el amor a la esposa: "Como cinta escarlata tus labios, dulce tu habla... Como roja corteza de granada son tus mejillas... Tu cuello recto y airoso como la Torre de David... Tus dos pechos son como dos gamitos mellizos que están paciando entre blancas azucenas".

El mismo Cristo arrojó a los surcos de los tiempos la simiente de la más delicada poesía lírica, en aquellas plácidas tardes de la Palestina santificada por su presencia: "El Reino de los Cielos es parecido a un grano de mostaza... Bienaventurados los que lloran... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos... Venid a mí los que estais cargados...".

Como si el Creador, derramando la ambrosía de lo bello sobre el corazón y la mente de los hombres, quisiera decirles: será vuestro caminar este lírico decir, concreción de la verdad, de la belleza, del amor, para que el mundo no sea inundado por el asco, no sea anegado por el cieno prosaico de lo feo. Levantaos, hombres, con las alas de cristal y de ensueño de la lírica que os ha de ayudar en las duras singlaturas de vuestra personal redención.

El pueblo creador de una de las culturas más importantes que han existido, cuyo arte se ha considerado como el más genial concebido por el hombre, la Grecia inmortal, aparte su poesía mítica-religiosa primitiva atribuida a Orfeo y Museo, nos ofrece los cantos al amor desenfadado y rebelde, en los versos de la lírica Safo. "Safo, la divina, de sonrisa dulce

y pelo de violeta" que dijera Alceo, en una de cuyas Odas afirmaba con finísima delicadeza: "Yo tengo por mejor lo que se ama".

Y si no puede negarse que el discutido Homero sobrecoge el ánimo de su pueblo y de todo el mundo, ofreciendo a la Humanidad un siglo antes, los relatos épicos de su Iliada y de su Odisea cuyos versos viriles recogen leyendas de suprema grandeza en que todo, hombres, lugares, acciones, cosas, tiene acento heroico hasta aquella lanza de Aquiles, la famosa asta pelieca que ni siquiera Patroclo sabía manejar, no es menos cierto que sus semidioses ponen al descubierto su alma, nos conmueven con sus nobles sentimientos humanos de lírico atractivo que saben sobreponerse al triunfo y a la derrota, al odio y a la muerte: frente a Priamo llora Aquiles y devuelve al padre el cadáver de su hijo; al decirse adiós Héctor y Andrómaca, la despedida se transfigura en melancolía sublimemente amorosa. Y Ulises líricamente conmovido se siente transido por un sentir delicadamente nostálgico de la Iliaca lejana, "al ver los techos de la patria y el humo que se desprende de ella y se eleva revelando las tranquilas ocupaciones domésticas".

Al pasar de los áticos lares a la Roma campesina el cetro del saber, Virgilio siguió en la línea épica con su Eneida, pero también suelta el alterado ritmo de su alma en sus Bucólicas, apacibles y tiernos idilios amorosos de sencillos pastores. Y Horacio, construcción y mente, cantaría la oculta vida retirada en su *Beatus Ille*. Y el más desgraciado de los poetas latinos, Ovidio, rimaria, con Elegiaca obsesión, la pena por la separación de sus cosas, cuando el emperador lo envía a Tomi; y anonadado, hundido, con dolorosa nostalgia, recuerda como sueño macabro, aquella noche que él llamaría tristísima en que fue arrancado de lo que amaba, exclamando en su *Liber Tristium*, como gemido escapado del fondo del alma, en su frío abandono del destierro: "*Cum subit illius tristissima noctis imago*".

Por las azules y tranquilas aguas del Mare Nostrum, por sendas polvorientas, por valles silenciosos y escarpados montes, entonando canciones de amor y de guerra en la rica lengua del Lacio, canciones de rústica belleza, aunque de sencilla construcción —no en vano fue el pueblo labriego y campesino el que formaba a la sombra de viejos y gloriosos estandartes— Roma fue dominando mares y tierras desde el Finisterre ibérico a la península de Anatolia. Maestra Roma en el derecho y en el gobierno, consiguiera la unidad del imperio con el fuerte lazo del idioma.

Y esta rica lengua fue tronco de jugosas ramas que, al desgarrarse, dieron al mundo romanizado numerosas formas de hablar, entre las que merece mención de honor el castellano por su sonoridad, por su riqueza,

por el fiel seguimiento a las estructuras de la madre y la extensión de su difusión ya que saltó de España al Africa, al Oriente, al Nuevo Mundo.

Este idioma nuevo, sonoro, capaz de las más complicadas poéticas expresiones, adelantándose a Italia, ya en la primera mitad del siglo XII, produjo aquel monumento bellísimo, de calor humano, de colorido sorprendente, que exalta la fama del gran caudillo cristiano: El Poema del Mío Cid.

Este poema fue considerado como la primera manifestación literaria de la lengua española; mas por el siglo X, el pueblo que se dejaba arrebatar por las hazañas de los héroes representativos de la raza, cantó con delicadas, sencillas y anónimas producciones, el amor y la esperanza, la pena y la ilusión, en poemitas de pocos versos: las jarchas, como ésta de una cristalina ingenuidad:

“¿Qué fareyo o qué serad de mihi?

¡Habibi,

no te tuelgas de mihi!”

¿Qué haré o que será de mi?

¡Amigo mío,

no te apartes de mí!

Las jarchas debieron tener una amplia difusión oral entre los mozárabes y fueron recogidas por los poetas cultos árabes y hebreos quienes las añadieron al final de largos poemas amorosos, las muwassahas cuya invención atribuían, por cierto, los escritores al gran poeta cordobés Mucaddam de Cabra.

Les ofrezco la parte final de una muwassaha con la jarcha engarzada:

Bienhaya la que, apurada
por la ausencia de su amigo
cuyo amor le quita el sueño,
cual cruélsimo enemigo,
así a la madre le canta
dando a sus penas alivio:

Y la jarcha que se repite:

**Ja mamma meu l-habibe
bais'e no más tornarade.
Gar ké fareyo, ya mamma:
¿Non un bezyello lesarade?
Oh Madre, mi amigo
se va y no volverá más.
Dí que haré, oh madre,
¿no me dejará un besillo?**

Las jarchas constituyen el eslabón más antiguo de la poesía lírica española. Su léxico y sus temas guardan muchas semejanzas con la gallega y con la castellana. Por una parte, el tema es similar al de Las Cantigas de Amigo de la lírica gallega; por otra, tienen forma de villancico castellano, como éste tan lleno de tierna renunciación y resignado dolor:

Que no cogeré yo verbena
la mañana de San Juan
pues mis amores se van.
Que no cogeré yo claveles,
madreselvas ni miraveles,
sino penas tan crueles,
cual jamás se cogerán
pues mis amores se van.

Esta poesía lírica siguió una línea ascendente e influida por factores foráneos diversos fue incorporando matices varios en Castilla y en Andalucía, pero siempre se hizo vehículo del bien, de la verdad, del amor, de la esperanza; y, tomando alas, escaló divinas alturas con la mística, siendo alegre frescura primaveral en Santillana; anchura y hondura espiritual en Manrique; amor no correspondido y platónico en Garcilaso y Herrera; ansia de morir por no morir en Teresa de Cepeda; humillaciones divinas en Lope; hálito celestial en Juan de la Cruz; misterio expresivo en Góngora; amor doliente en Becquer; soñar caminos en Antonio Machado; humana dulzura en el borriquillo de Juan Ramón; tristeza del alma en el pontanés Manuel Reina, y santo deseo y generosa ambición y entrega y esfuerzo comunitario de notables poetas para llegar a todos, en publicaciones numerosas, algunas desgraciadamente desaparecidas, como "Caracola" de Málaga, "Veleta al Sur" de Granada, "Cántico" de Córdoba.

Al llegar a este punto, pienso que fue grande mi osadía. Pero, en el mundo en que vivimos, hemos de asir para que no se pierda, al hombre, su pensar, su sentir; cantar su libertad, defender su independencia, porque, a pesar de que los progresos técnicos lo van rodeando de bienestar material, la masificación lo engulle y siente trastocada su conciencia y se haya solo en medio de tantas comodidades que le crean desasosiegos, dificultades, obligándole a esfuerzos sobrehumanos que no podrá realizar sin el peligro de quedar maltrecho como unidad de cuerpo y alma.

El hombre no es el ayer, es el hoy en plena realización proyectándose hacia un futuro terreno y eterno.

Y como explica Ortega y Gasset en *Meditaciones del Quijote* "el pasado épico no es nuestro pasado. Huye de todo presente, y cuando queremos, con la reminiscencia, llegarnos a él, se aleja de nosotros, galopando como los caballos de Diomedes..."

El hombre es el hoy con sus reacciones ante los hechos, es el hoy con sus sentimientos y actitudes ante los demás y ante las cosas, y, por ello, hemos de brindarle, para que cuente con él, el hilo de diamante de la lírica y que pueda pensar, que pueda meditar, que pueda soñar, y pueda oponer a la realidad que intente descubrirlo, la poesía de la promesa y de la esperanza.

Conviene insistir: la humanidad está abriendo, con piqueta de oro, caminos para otros mundos, pero esta tierra que picamos pierde gracia y encanto, contaminadas sus ciudades, transformadas en babilonias terribles y molestas, colmenas inmensas de necesidades y agobios insostenibles que hacen que el hombre luche, con uñas y dientes, para gozar de ingenios adormecedores del cuerpo por el bienestar pero que tuercen su moral y van anulando lo que en él hay de personalidad, de distinto, lo que tiene de ser superior y trascendente.

Ello es lo que me forzara a afirmar que la lírica, con sus contenidos espirituales, nobles, de altas miras, ha de inspirarnos, ha de ayudarnos a salvar al hombre con sus propios sentimientos personales e íntimos. El hombre es idea, es pensar, sentir y amar, luz que debe iluminar las oscuridades de este mundo en su constante marcha hacia metas de gloria.

Por encima de los hechos heroicos, antes que el triunfo, y la derrota, antes que la conquista y el heroísmo, antes que todos los condicionamientos materiales, es el hombre, capaz de eterna salvación.

Y conviene no cejar en estos conceptos: podrán ser realidad comodidades tales que convirtamos la tierra en un edén materializado pero sin espíritu, mas no olvidemos lo que de razón tiene aquella afirmación de Feud: "Buscando solamente el principio del placer como motor de la hu-

manidad, no llegaríamos, como seres humanos, nunca, a constituir una sociedad civilizada”.

Hemos de mantener, pues, señoras y señores, la incitación en el hombre al culto, a la belleza, a la poesía, a la verdad, al bien, a lo que pertenece, a lo que ha de elevarlo a alturas divinas, manteniéndolo como rey de la creación y no como esclavo de lo que parece: No olvidemos que, sobre la blandura de los placeres corporales, rodó el carro del triunfo de los bárbaros, destruyendo nada menos que uno de los más extensos y firmes imperios de la tierra.

Por eso nos hacen falta los poetas, sin pensar en que sean antiguos ni modernos; sólo poetas que han de vivir entregados a sí mismos para ver la quintaesencia de la realidad y poder llevar a los demás, a través de su sensibilidad, las misteriosas vibraciones de las cosas que los otros no perciben.

“El poeta está en todo momento presente; no pasa nunca; vive en la montaña o en el valle; a orilla del mar o junto al río... En su seno lleva el misterio”, dijo Azorín.

Y Dámaso Alonso en sus “Ensayos sobre poesía española” afirma: “Porque la poesía consiste en una íntima vibración del poeta, por vías de misterio, comunicada a su obra; vibración que, en ondas de luz, nos descubre hasta profundidades últimas, como en prodigio, el pensamiento, nítidamente traslúcido e intensificado; temblar que avanza en música a lo largo del ritmo; sacudida que hace fúlgida la imagen...”.

El abanico de formas, asuntos y modos de la lírica, es infinito como infinitos son los estados anímicos, como infinitos son los rincones del alma del hombre a los que hay que llegar, los que hay que iluminar para que no se nos muera de tedio, de soledad, de abandono, de desesperación.

“Altísimo poeta, dice Martín Alonso, es el que, desde sus sueños y emociones, cautiva más almas. El que hace prender su fuego en gentes de varia condición, desde el menestral al filósofo, desde el profano al literato”.

Esto nos hace pensar que no podemos permitirnos la crisis de la lírica. Y si parece que las gentes desdeñan lo poético, el pueblo, las grandes multitudes no menosprecian la poesía, porque, sí, sino porque ciertas producciones no son capaces por forma o lenguaje, de cautivarlas, de hacer vibrar sus almas para el amor, el bien, la verdad y la belleza. Y prueba de mi afirmación es el que el pueblo refugia sus sentimientos y emociones en las canciones populares y se mantienen vivas la soleá, la seguidilla y las alegrías, y las peteneras por ejemplo.

Siguendo esta línea de creencias firmes, de exaltación de los valores que los seres, por muy insignificantes, poseen; dejándome llevar, unas veces, por el optimismo, al creer, moralmente, que hay conformidad en mí con lo existente, que mi espíritu está en paz; otras, sintiéndome abrumado por el pesimismo que agobia como pesada carga insoportable —no en vano obran sobre mí las notas de cordobés nacido en el bullicioso Puente Genil y adoptado en el histórico y bello Priego—; aspirando al aire de lo infinito, en tono menor, con sencillez extrema, surgieron estos poemas que tengo el atrevimiento de ofrecerlos, espigados sin orden ni concierto, entre aquéllos que pronto se darán a la estampa, y que, girones del alma, fueron al aire como pájaro que trina, por necesidad imperiosa de su propia naturaleza.

En momentos en que su alma es remanso de sosiego espiritual, su fe hace exclamar al poeta:

Soy feliz.
 Estoy contento
 de caminar por la vida.
 Un jazmín
 en el sendero
 me florece cada día.
 Pongo amor
 sobre la entraña mullida
 de la tierra generosa
 y una flor,
 en amor estremecida,
 me lo devuelve amorosa.
 Luz sembré
 por el camino
 cerrado en la oscuridad
 y encontré
 al pecho amigo
 abierto de claridad.
 De esperanza,
 con mis manos doloridas
 a las almas voy llegando;
 el mañana
 será cosecha florida
 que dará ciento por grano.
 Es por tí, mi eterno Dios,

que das rosas en la herida
 y consuelo en el dolor
 y en sufrir alegría.
 Si te negara, Señor,
 perdería la razón
 de caminar por la vida.

Y percibe al Ser Subsistente, acto puro y simplísimo, en las cosas que contempla, hechura de sus manos y escribe:

Yo te veo en la hierba
 y te veo en el árbol
 y te veo en el viento
 y en la espiga que canta por sus granos
 y en el río que abraza la ribera
 y en los nidos calientes de los pájaros
 y en el cielo de luces
 y en los ojos del tierno enamorado
 y en los seres que nacen
 y en el alma del niño bautizado.
 Te veo, sobre todo,
 en la santa pobreza del hermano,
 hecho cruz y hecho muerte,
 amor crucificado.

Y lo siente, al caer la tarde apacible, vestida de colorido impresionante en el silencio del retiro voluntario del campo y deja correr el hilo de este sentir:

Gris en la tarde.
 Gris y malva y violeta
 y rojo, en el silencio
 de la tarde quieta.
 "Habla", decías...
 Daba sombra la sierra
 a nuestros ojos llenos
 de una paz cierta.
 "Habla", decías...
 Era un nudo mi lengua.
 Dios lo llenaba todo,

parecía que su diestra
trazara, como surcos,
en el mudo campo de la conciencia.
Fresco el fluir del agua
que besaba los juncos y las piedras
"Habla", decías...
Y quien habla, ¿te acuerdas?
Si Dios tiene en sus manos
Y lo sientes, colores, tarde, tierra.

Y con la nostalgia de los años dorados, los recuerdos le agujijonean el alma:

Me la encontré en mi camino
y el viento me la robó.
Mis ojos la están buscando
en mis noches de dolor.
¿Por qué no estarás conmigo
amor que se me perdió?
Se han marchitado en mis manos
pétalos de una ilusión
y se han helado en mis labios
miles de besos en flor
que brotaran del clavel
ardiente del corazón.
Mi cuerpo crucificado
en un calvario sin sol,
extiende sus brazos muertos
que se clavaron de amor.
Soy tallo de una esperanza
que, al nacer, se me murió

Canta al olvido y a la ausencia:

Estoy oyendo tu voz
y se me está abriendo el alma
como si fuera un capullo
abriéndose en verde rama.
Es, como rumor de arroyo
que con suspiros me llama;

es, como brisa que enreda
canciones en mi ventana.
Estoy oyendo tu voz
que despierta la esperanza
de que vuelves junto a mi
y mis sentidos me engañan.
¿Dónde estará el amor mío
que se me fue con el alba?
¿Junto al mar del olvido
mi amor se lo lleva el agua?
Estoy oyendo tu voz
que hace brincar mis entrañas
y en el vacío se pierde,
como aire, tus palabras.

AUSENTE

Te fuiste y me has dejado
dolor en mis ojos muertos
que quieren llorar de pena
y son arroyos sedientos.
Allá en el fondo del alma,
en el rincón del recuerdo,
tengo tu imagen dormida
y te miro y no te veo;
parece tengo en mis brazos
todo el calor de tu cuerpo
y el aire burlón te roba
con el dolor de un mal sueño.
Y en las horas de la noche,
cuando murmura el silencio,
pienso escuchar tu palabra
y se pierde como un eco.
Te fuiste y me has dejado
dolor en mis ojos ciegos.
Mi cuerpo es árbol que muere
sin la savia de tus besos.

Al contemplar la realidad que en sus ojos se refleja, acusa nostalgia de tiempos idos:

SIESTA

Luz y color. Mediodía.
El pueblo vive su paz.
Hay blanco en la celosía
reflejo de un sol tenaz.
Nadie en la calle. Las rejas
de jazmines y de flores;
el aire acuna las quejas
de vigilantes amores.
Arde el sol en lejanía
sobre los altos tejados.
Calleja de Andalucía,
alma y cuerpo fatigados.
Y un vendedor ambulante
pregona su mercancía:
"Harina de cebá tostá pa refrescos"
Hace un calor sofocante.
Se duerme el pueblo y el día.

También siente en su alma un angustioso e inexplicable pesimismo:

LLANTO

¡Cuánto me duelen los ojos
quemados por tanto llanto
como, de día y de noche,
la vida me está costando!
Alfileres de amargura
clavan invisibles manos,
de mis pies a mi cabeza,
y no dejan un pedazo
sin heridas y sin penas
en todo mi cuerpo, sano.
Arroyos sin alegría
corren por estéril campo
donde mi inquietud sembrara

claveles, rosas y nardos.
 Se me está muriendo el alma
 que lucha en mares amargos
 sin más puerto de esperanza
 que amaneceres en blanco.

QUIERO...

Llorar, llorar.
 Ay, río de mis lágrimas,
 ¿dónde estarás?
 ¿Por qué juncos oscuros
 oculto vas?
 No goza tus caricias
 mi sequeral,
 arena que me ciega
 cerca de un mar
 de tristeza infinita
 de soledad.
 Ay, río de mis lágrimas,
 ¿dónde estarás?
 Ven a mis ojos muertos
 por no llorar.

O presumiendo sentimientos delicados en los seres cuyas reacciones observa, dice:

El macho a la hembra canta
 y la hembra canta al macho.
 Siempre están en el tejado
 que veo desde mi ventana.
 ¿Qué se dirán los dos pájaros?
 Se esconden tras unas matas
 de temblantes jaramagos.
 Con su traje de oro pardo
 ella aparece galana,
 sus dos alas arrastrando.
 El viste bonita capa
 de un amarillo tostado.
 Y, al acercarse brincando,

abre las vueltas de plata
y luce su cuerpo blanco.
Se alejan, vuelven, se hablan.
Con sus piquillos dorados
¿qué se habrán dicho los pájaros
en la tarde que se acaba
bajo un cielo arrebolado?

Quienes se entregan a la noble misión de educar, encuentran en el poeta su exaltación y el eco por el dolor de ser incomprendidos:

EL MAESTRO

Sobre su frente lucía
el sol de la primavera
y a tiempo de sementera
el corazón le sabía.
De sus manos generosas
el calor era el abrigo
de rubios granos de trigo
para siembras luminosas.
Luz fue su limpia cabeza
y amores, su corazón;
en toda su alma, pureza
y un cielo azul de ilusión;
pero muere en la tristeza
de una fría incomprensión.

Al vivir la escena repetida por tantos niños, en que sus propios hijos tejen nidos para pájaros abandonados:

Seis pajarillos piando,
seis pobres sin esperanzas,
con sus piquillos abiertos
y sin plumaje en sus alas,
por mis puertas se han entrado
y han conquistado mi casa.
¡Alguien los fue pregonando
sin sentimientos ni entrañas!
Mi casa se ha vuelto nido

caliente de manos blancas.
Seis cabecillas con vida
llorando en cesta dorada
y doce manos que tiemblan
para secarles sus lágrimas.
La noche lleva cuchillos
que están matando a la pájara,
mientras seis ángeles rubios
con encajillos y gasas,
están fabricando nidos
para jilgueros sin alas.

Y no concibe que puede haber manos que den muerte a los pájaros y los increpa lleno de indignación:

Mira, mira el pajarito
bonito
que cosquillea en mis manos,
¡pobrecito!
A pesar de que mis besos
quisieran tranquilizar
su inquieto coranzoncillo.
De ese tejado ha caído.
Y mira el jazmín de sangre,
rojizo,
entre mis nerviosos blancos
deditos.
¡Ay Dios, que ya no se mueve
el pajarito!
¿Por qué, papá? ¿Qué le ocurre
al pobrecillo?
Tú no podrás comprenderlo,
rosal de verde y de armiño,
rosal de los siete inviernos,
rosal de los siete estíos.
¡Benditas sean tus manos
de siete abriles tan niños
que calientan sepulturas
para pájaros heridos!
Y Dios confunda al que mata
pajarillos!

No podía faltar la expresión de su cariño cálido y sentido a los niños:

CHIQUITA

María Victoria,
 rosa temprana,
 con hoyitos en tus manos
 y ángel de luz en tu cara.
 Tú, con tus escasos meses,
 ay, Señor, ¡cómo mirabas!
 Seis diamantes bien tallados
 rompiendo tu boca grana.
 Yo te besé, con ternura,
 con todo el calor del alma,
 como dicen que a la flor
 besa la luna tan blanca.
 Tú serás una mocita
 guapa, guapa,
 con cielo en tus ojos bellos
 y en tí toda, un mar de gracia
 ¿Dejarás que yo te bese
 cuando ya peine mis canas
 y tú seas esa mocita
 guapa?

Por último, le inspira el Cristo Nazareno de la devoción popular y andalucísima, y dirigiéndose a El, le dice:

A JESUS NAZARENO

Te veo con la Cruz, Señor, cansado;
 tu espalda sanguinosa y dolorida,
 en molino de amores, tan molida.
 Veo en Tí la pureza; en mí, el pecado.
 ¡Ay Jesús de amargura, maltratado!
 Te miro bajo el leño deicida
 como rosa de sangre florecida
 que el viento de mis culpas ha troncado.
 ¡No comprendo, Señor, que seas tan bueno
 conmigo pecador; que Tú ofendido
 te cargues con mi carga, tan sereno!
 Al mirarte, mi Dios, tan abatido,
 mi vileza me abraza, Nazareno,
 y lloro de vergüenza, arrepentido.

En diversidad de metros y estrofas, dominando el romance, tan usado por los poetas andaluces, sataron estos poemas del sentimiento a la expresión escrita y sonora.

No sé sus méritos —si algunos tuvieran— pero sí, os puedo afirmar, que son pedazos del alma. Por ello son sinceros y auténticos, ya que procuré siempre distinguir las voces de los ecos, como decía el gran maestro Machado.

Y dejando apuntar mi vanidad, como hombre débil, transcribo lo que el prologuista del libro que ha de contenerlos y verá la luz lo antes posible, Manuel Chacón Cáceres, poeta de tierras cordobesas, trasplantado a la Málaga blanca y pescadora, comenta: "El autor de "Voces íntimas" no corre con los versos, ni persigue las ideas. Tampoco tiembla su pluma... La belleza de cada poesía hay que buscarla en el conjunto de estrofas labradas con ternura o fuego. Es personalísimo cuando mira a su alrededor y toca las cosas y los seres que buscan comprensión, piedad, dulzura, protección... Se ve en su amor paternal por lo puro y pequeño. Su decir poético es sereno y concreto, buscando el aire cálido con palabras enteras.

Los hombres, repito, fueron creados para metas de altura celestes y, muchas veces, son víctimas del egoísmo, de lo pobre, de lo deleznable, de victorias sin alas. Junto al progreso y a la técnica, a la estadística y al número —benditos sean si no sitían con fuego y amargura y destruyen al ser, hechura de Dios y por El salvado— es preciso ofrecer a los hombres la santa caridad de la poesía.

Y darla con sencillez, sin extravagancias; para que el pueblo continúe queriendo y pensando y soñando lo bello que los poetas le ofrezcan y que lo haga sangre propia, para que los hombres se sientan hombres, es decir, cuerpo y espíritu en equilibrado perfecto maridaje.

Me permito para terminar, señoras y señores, parafrasear lo que el gran escritor italiano Giovanni Papini, en las Cartas a los hombres del Papa Celestino VI, dice a los poetas:

Vosotros que, dominando los impulsos ciegos de la materia, sabéis buscar el agua limpia y fresca para calmar la sed del que se pierde en el desierto del abandono; vosotros, que sabéis de la riqueza infinita de los pobres a quienes muchos miran como perros abandonados y famélicos; vosotros, que sabéis hablar el lenguaje eterno para hermanar a los humanos en la más rica hermandad; que sabéis del perdón porque sabéis del último extorcer de mi agonía de hombre Dios ya que el mundo no quiere saber por qué se muere y por qué se abren el costado de sangre y las rosas de las manos que sufren clavadas a las cruces del sacrificio; vosotros, que podeis llevar y restituir lo divino en lo humano, sed los oídos de los

sordos, la luz para los ciegos por caminos de desamor; sed confesores y confidentes de tantos corazones que se mueren en el silencio de todos los desprecios.

Poetas, que sabeis del sol que muere en el pico azuloso para resucitar en la aurora virgen siempre y siempre renovada; que sabeis del dolor que redime de la oscura caverna de lo incomprensible; que por encima de la negra noche, conoceis la luz que transfigura; que, en el sueño limpio y tranquilo, sabeis anidar futuros de luces y de amaneceres esperanzados; que poneis vuestra mano herida para que se abra en la más rica limosna con la moneda del consuelo; poetas que, arrastrando el pesado carro de la realidad, lo transfigurais en un bello Tabor de luminosidades puras; poetas, haced al mundo más humano, más alegre, más radiante, más elevado, más espiritual, más bello, que es hacerlo más mío: mío, porque yo soy su creador y su salvador y por mi Cuerpo de Hombre se me escapa la más grande misericordia para hacerlo feliz.

Poetas: cooperad con vuestro Dios, que en ello está vuestro deber santo: el santo deber de quienes saben de la belleza que es caridad.

Y que el mundo se os una en un himno vibrante y grandioso: el himno del amor, del amor, porque el mundo se nos muere por odio, y el odio no redime, el odio no fecundiza, el odio no es comprensión, no es apertura de brazos que unen, el odio es la antilírica y no puede ser nunca paz en la tierra y gloria en el cielo.

He dicho